

Domingo de Resurrección (20-04-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Este acontecimiento de la Resurrección sucede entre la noche y la madrugada. Nadie humano lo vio, pero tenemos los signos que nos dejó Jesús. Y lo importante es que la primera Iglesia tuvo actitudes distintas y, dentro de ella, en este evangelio de Juan (20, 1-9), se destacan tres actitudes que vamos a examinar porque ese es el modo como actualmente, muchas veces, vivimos este misterio que es una fuerza inagotable para la humanidad.

En todas las religiones del mundo, las interpretaciones acerca de Dios son de alguien que está lejos, hay que acercarse a Él con muchos sacrificios, holocaustos, oraciones, ritos y deberes que cumplir. También en nuestra religión esas cosas existen porque también existieron en el Antiguo Testamento; pero con Jesús se desarrolló algo completamente nuevo: Dios siempre buscó a su pueblo y lo acompañó.

Por eso, el nombre de “Dios” en el Antiguo Testamento es “Yahvé”: “Yo soy el que siempre está con ustedes”, significa. Nosotros hemos leído “yo soy el que soy”, que es un poco genérico, pero la mejor traducción es “yo soy el que está con ustedes”, el que jamás abandona.

Y, si bien es cierto hemos visto a Jesús en el momento más difícil diciendo: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has

abandonado?”. Eso es por solidaridad con nosotros como ser humano que también nos sentimos abandonados en tantas oscuridades tremendas, en tantas situaciones de conflicto, en tantas situaciones de injusticia, de mal que vivimos y que, a veces, realmente, nos rendimos ante la muerte.

El principio muerte es un principio que Dios no quiso. Empezó a existir a partir de que el ser humano decidió alejarse de Dios, pero el Señor no lo abandonó aun así y lo buscó. Y, a través de toda la historia que hemos leído en la noche de Pascua, para ver cómo ese Dios tiene compasión y alegra el corazón del ser humano y siempre buscó su bien y siempre lo acompañó, sobre todo, tenemos el punto culminante en que, enviándonos su Hijo, suscitó en Él esperanza definitiva de vida para la humanidad.

Eso es lo que nos hace una experiencia religiosa distinta, que no solamente, considerando que Dios viene a nosotros y nos va moviendo desde el corazón, comprendiéndonos y ayudándonos, también suscita en nosotros esa perspectiva de que, si no acogemos a ese Dios, difícilmente vamos a ir adelante.

Ser cristiano es acoger a Dios para actuar y vivir según Él, y no es tanto que le ofrezcamos tantos sacrificios y holocaustos a Él, como merito para ganarnos su favor, sino que Él ya, dándose a nosotros, lo único que nos dice es: Abre el corazón que quiero entrar, estoy a la puerta y llamo.

Esto también fue difícil para la comunidad comprenderlo y, por eso, cuando María llega en medio de esa noche, de esa

oscuridad, y ve el sepulcro abierto, la primera actitud que toma es desesperarse. “¡Se han robado a nuestro Señor y no sabemos dónde lo han puesto!”. Jesús, para ella, es el desaparecido, y lo es porque su fe, si bien es sincera, está marcada por el sentimiento. María Magdalena tuvo una relación muy cercana con el Señor y acompañó a los discípulos en su camino como una discípula más, pero es cierto que siempre sabemos que en nosotros hay dimensiones sentimentales y, a veces, las dimensiones sentimentales no nos permiten profundizar en todos los sentidos. Por eso, ella se desespera aún, porque los sentimientos siempre son un poco lejanos de la razón. La razón no es solamente el ser una persona muy científica, la razón también es una sabiduría profunda que, a veces, puede no tenerse por rapidez, por ligereza o por desesperación profunda, por la amistad, por el cariño que se tiene.

Entonces, aquí hay una cosa muy linda que no se puede distinguir en el castellano y que, en el texto original, dice que María vio superficialmente (*blepei*), rápidamente, y fue a decirles a todos que han robado al Señor. Esta primera manera de creer, todos la tenemos al inicio, pero es necesario ir la profundizando y separando, pero está aquí porque también es un camino para llegar a Dios, un camino sencillo, normal, sentimental, como se puede tener cuando uno es joven o cuando uno, estando con un problema, recurre a Dios y siente que hay algo bonito, pero necesita un poquito más.

Ahora tenemos la segunda actitud, el segundo “ver”, el de Pedro, que como ustedes han visto, baja al sepulcro, entra, había llegado más tarde, pero Juan esperó que llegara y él bajó al sepulcro. En ese conocimiento de lo que está viendo, Pedro ve con otros ojos distintos a los de María: observa todo, observa aquí, observa allá. Este “ver” es un segundo paso, pero no es aún el más importante.

Todos necesitamos siempre profundizar un poco. El verbo que usa Juan en este segundo “ver” es “**teoreĩ**”, que significa “teoría”. O sea, empezó a especular cosas. Seguramente que, por su experiencia, Pedro había caminado con el Señor y le dijo, incluso: “te seguiré hasta la cárcel y la muerte”. Pero ahora que no estaba y, sin embargo, estaban ahí las vendas y estaba el sudario doblado, empieza a razonar y tiene dudas y, a la vez, conjeturas.

Bueno, eso también es una forma de creer, creer en el Señor, pero, a la vez, pensar mucho las cosas porque necesitamos ver cómo se es cristiano, cómo afrontamos esta esperanza para nuestra vida, si nos arriesgamos realmente a seguir la esperanza o no. Y Pedro está enigmatizado, todavía no se dice que cree.

Es entonces cuando llega Juan, a quien se le llama “el discípulo amado”, muy importante, es decir, no es “el que ama a Dios” sino *el que se deja amar por el Señor* y que recibe en su corazón íntimamente al Señor siempre y lo contempla, recuerda los acontecimientos de su vida, no simplemente repite un catecismo o un credo, que está muy bien saberlo y conocer el catecismo, pero es insuficiente

para creer. Juan recurre a *la intimidad más profunda* que el Señor le permitió tener, esa experiencia que vivió él, fue una experiencia intensa de amistad con Jesús. Por eso, Juan ve el mismo panorama y no especula, vio (“**Eiden**”) y creyó.

Esto es sumamente importante para nosotros porque, si hay algo propio en la fe, es *la experiencia* de la fe. Y esa experiencia, dada a nosotros por Dios, la tenemos todos poco a poco y vamos creciendo. Y también pasamos por los tres caminos: el camino de María Magdalena, el camino de Pedro y, finalmente, el camino de Juan. Pero, ésta, se ha puesto al final para ayudar a darnos cuenta de que nuestra fe necesita ahondarse, no convertirse en una mera repetición del credo, no de paporreta, sino en la intimidad profunda en donde nosotros, acogiendo al Señor, aprendemos a expresarnos y a crecer.

Tenemos que disculparnos en la Iglesia con toda la humanidad y con todos los creyentes porque nuestra forma de enseñar el Evangelio, muchas veces, no hemos permitido que ustedes lleguen a ese nivel. De todos modos, ustedes ya están llegando porque expresan sus palabras, cómo sienten y viven, cómo, en conjunto, podemos construir la vida de la iglesia.

Sin embargo, también es cierto que, actualmente, se ha creado una especie de diferencias: los cristianos “puros” y los cristianos “impuros”, como si se fuera cristiano de segunda clase. Toda esa manera de pensar tiene un problema: a veces, esas personas que dicen ser muy puras y santas, aparentemente, no llegan a comprender la riqueza de la vida con el Señor que, por ejemplo, tienen aquellos

que a pesar de que no aparecen como creyentes, como que conocen mucho al Señor, porque del Señor son.

Así decía preciosamente José María Arguedas sobre una jorobadita pobre que aparece en la novela "Todas las Sangres". "En la kurku (jorobada) estaba Dios cantando, no conocía a Dios, pero de Dios era", dice Arguedas. Qué interesante ¿no? Se puede ser de Dios sin conocerlo porque Él nos inspira, Él entra nosotros. Y ser cristiano es dejar que el Señor nos vaya transformando poco a poco con paciencia y vayamos renunciando a nuestros pecados, corrigiéndonos. Pero la mejor manera de corregir es hablar, no a coscorrónes ni a golpes como nos han enseñado en el pasado, con castigos y amenazas, sino con la comprensión profunda de los problemas que vivimos para recapacitar. Y esa situación la está viviendo hoy día la humanidad.

A eso llamamos una situación de pecado. A veces, muchas personas quieren desesperarse en arreglar esa situación a patadas, pero, normalmente, esas patadas no caen sobre los grandes de este mundo, sino sobre los pequeños (como el Papa bien ha dicho en su exhortación y bendición Urbi et Orbi en día de hoy). Y, hoy día, hermanos y hermanas, estamos urgidos de aprendernos a tratar, de humanizar nuestra existencia. Y el discípulo amado nos enseña ese camino.

Todos, en realidad, somos discípulos amados, todos somos amados como Juan, que comprendió que la intimidad con el Señor lo orientaba siempre a reconocerlo y a encontrarlo en toda situación, con solo ver en un instante sus signos, e incluso en situaciones oscuras donde nada se ve. El Papa

hoy día nos ha exhortado a una cosa muy importante: que como todo se susurra en la noche y todo ocurre en la noche y el Señor viene a nosotros a través de los signos y de los misterios y suscita en nosotros una respuesta que, finalmente, en el evangelio de Juan se convierte en una fe profunda, también, nosotros, estamos llamados a escuchar el susurro de Dios, en medio de las oscuridades.

Ese susurro de Dios, a través de su Hijo, nos invita a decirnos que la muerte no tiene la última palabra de todo lo que nos pasa. La muerte seguirá existiendo y, además de eso, seguirán existiendo las tinieblas, los problemas, las dificultades, las guerras, las injusticias, pero no vencerán. Y, por eso, cada época, cuando vuelven a suceder cosas terribles como la que estamos viviendo nosotros, el Señor vuelve a hablarnos y nos vuelve a decir: recuperemos la esperanza, porque El es esa esperanza.

Nosotros hemos recogido esa experiencia del Señor Crucificado, que a la vez es el Resucitado y, por eso, como está crucificado, lo alzamos. Y este año, el primer sábado de octubre, vamos a alzarlo mundialmente todos los peruanos en todas las hermandades que tenemos en el mundo para decir que Jesucristo se levanta Resucitado a través de la ascensión de la muerte y las dificultades de este mundo porque es fuente única de esperanza y, a través de Él, vamos a poder encontrar soluciones hasta que, finalmente, el mundo sea transformado y, como dice el Papa, la humanidad sea resucitada.

Ese es un camino largo, pero un camino que cada vez adelantamos en cada unidad que logramos. Por eso,

nuestra fe cristiana no está lejos de nuestra conciencia social, de nuestra conciencia humana, de todos los gestos que podemos hacer para ayudarnos unos a otros. El Señor no está lejos de la caridad que ustedes han hecho en esta semana para ayudar a las ollas comunes.

El Señor está en el corazón de las ollas comunes, en el corazón de las hermanas que trabajan. Eso es ser cristiano es ser amado para poder amar a manos llenas. No nos habituemos a pensar que el cristianismo y la fe son una evasión, una manera de salvar mi alma y, simplemente, que se vaya al cielo. Es cierto que queremos salvar nuestra alma, pero como hermanos, no individualistamente, no como una especie de aristocracia espiritual que nos aleja del mismo Señor y nos puede convertir en hombres malos, como está pasando con muchos grupos católicos que piensan solamente en sí mismos y no quieren seguir los lineamientos y las orientaciones sinodales del Santo Padre, que son, justamente, las orientaciones que convierten a nuestro pueblo en agentes de la propia evangelización que, dejándose inspirar por el Señor, conversan y deciden juntos la vida de la Iglesia.

Todos ustedes, hermanos, todo nuestro pueblo es importante, cada uno de nosotros. Y el Papa ha dicho que la Iglesia se constituye como sinodal porque es comunitaria y es para que el pueblo, en el camino que tiene, puede expresarse, susurrarlos sutilmente y madurar. Cómo veremos nosotros crecer a nuestros hijos si no les preguntamos cómo son. ¿Acaso si los agarramos a palos va

a crecer? Como decíamos antiguamente, se va a volver “seco”, “chuncho”. Y eso no es posible, hermanos.

Tenemos que promover a las personas. Y Jesús, muriendo y entregándonos su espíritu, resucita nuestra forma de vivir y también es necesario resucitar a nuestra Iglesia. Eso también lo dice hoy día el Papa al final de la bendición Urbi et Orbi: es necesario que la Iglesia se levante, que el Pueblo de Dios se levante de la pasividad y adquiramos la capacidad de crear, de organizarnos, de suscitar iniciativas, especialmente, los jóvenes que tienen tanta capacidad de crear.

Por eso, damos gracias a todos de que nuestra fe es persistente y, al final, nos tiene reservada el Señor la humanización de nosotros mismos, de ir más adelante, que continuemos con nuestras devociones, continuemos con nuestra fe y sus formas, pero siempre cambiando las personas para que no seamos obtusos y encerrados, sino abiertos, comunicativos, amables y hermanos de todos, especialmente, de los que más sufren.

Este llamado también es para los que nos hacen sufrir porque también son seres humanos como nosotros, lo que pasa es que, a veces, se cierran y no escuchan la llamada. Pues los llamamos ahora, todos como Pueblo de Dios, porque todos somos testigos de la Resurrección que nos susurramos al oído poquito a poquito y se va generando entre todos nosotros una fuerza inagotable que nadie podrá detener.

Ese es nuestro camino, un camino en donde nuestra fe se irradia entre nosotros, pero se comunica a nuestro pueblo porque no nos basta tener una iglesia bonita, necesitamos tener un Perú bonito y un mundo bonito. Y nuestra tarea también es humana, no estrictamente ligada a lo político, sino indirectamente, a través de fortalecer todo lo humano que tenemos.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que la humanidad extraordinaria de la belleza de la Resurrección de Jesús nos siga llenando y, algún día, tengamos ya la posibilidad de participar plenamente del Reino que Él comenzó.

Que así sea.

Amén